

naron de tomar armas; y cuando Cortés los vió puestos de aquella manera dijo á Aguilar, la lengua, que entendia bien la de Tabasco, que dijese á unos indios que parecian principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados; que no les veniamos á hacer ningun mal, sino á decirles que les queremos dar de lo que traemos, como á hermanos; y que les rogaba que mirasen no comenzasen la guerra, porque les pesaria dello, y les dijo otras muchas cosas acerca de la paz; é mientras mas les decia el Aguilar, mas bravos se mostraban, y decian que nos matarian á todos si entráramos en su pueblo, porque le tenian muy fortalecido todo á la redonda de árboles muy gruesos, de cercas é albarradas. Aguilar les tornó á hablar y requerir con la paz, y que nos dejasen tomar agua é comprar de comer á trueco de nuestro rescate, é tambien decir á los calachionis cosas que sean de su provecho y servicio de Dios nuestro Señor; y todavía ellos á porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante; si no, que nos matarian. Y cuando aquello vió Cortés mandó apercebir los bateles é navíos menores, é mandó poner en cada un batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros; y teniamos memoria cuando lo de Grijalva, que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos é ciénegas. Cortés mandó á tres soldados que aquella noche mirasen bien si iban á las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta; y los que fueron vieron que se iban; é visto todo esto, y después de bien mirado, se nos pasó aquel dia dando orden en cómo y de qué manera habiamos de ir en los bateles; é otro dia por la mañana, después de haber oido misa y todas nuestras armas muy á punto, mandó Cortés á Alonso de Avila, que era capitán, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo, el que he dicho que iba al pueblo; y que de que oyese los tiros, él por una parte é nosotros por otra diésemos en el pueblo; é Cortés y todos los mas soldados é capitanes fuimos en los bateles y navíos de menos porte por el rio arriba; y cuando los indios guerreros que estaban en la costa y entre los manglares vieron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habiamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que en toda la costa habia sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles é atabalejos; é como Cortés así vió la cosa, mandó que nos detuviésemos un poco y que no soltásemos tiros ni escopetas ni ballestas; é como todas las cosas queria llevar muy justificadamente, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del Rey, que allí con nosotros iba, que se decia Diego de Godoy, é por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra, é tomar agua y hablalles cosas de Dios nuestro Señor y de su majestad; y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hubiese ó otros cualesquier daños, fuesen á su culpa y cargo, é no á la nuestra; y ellos todavía haciendo muchos fieros y que no saltásemos en tierra; si no que nos matarian. Luego comenzaron muy valientemente á nos flechar é hacer sus señas con sus atambores para que todos sus escuadro-

nes apechugasen con nosotros, é como esforzados hombres vinieron é nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas, que nos hirieron é hicieron detener en el agua hasta la cinta y en otras partes mas arriba; y como habia allí en aquel desembarcadero mucha lama y ciénago, no podiamos tan presto salir della; é cargaron sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas á manteniendo y otros á flecharnos hacian que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, é tambien porque en aquella lama estaba Cortés peleando y se le quedó un alpargata en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pié salió á tierra. Estuvimos en aquella sazón en grande aprieto, hasta que (como digo) salió á tierra, y todos nosotros; é luego con gran osadía, nombrando al señor Santiago é arremetiendo á ellos, les hicimos retraer, y aunque no muy léjos, por causa de las grandes albarradas y cercas que tenian hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban, hasta que se las deshicimos, é tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante adonde tenian hechas otras albarradas y fuerzas, é allí tornaron á reparar y hacer cara, y pelearon muy valientemente, con grande esfuerzo y dando voces é silbos, diciendo: «Ala, lala, al calachoni, al calachoni;» que en su lengua quiere decir que matasen á nuestro capitán. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Avila con sus soldados, que habia ido por tierra desde los Palmares, como dicho tengo, que pareció ser no acertó á venir mas presto por causa de unas ciénegas y estereros que pasó; y su tardanza fué bien menester, segun habiamos estado detenidos en los requerimientos y deshacer portillos en las albarradas para pelear; así que todos juntos los tornamos á echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo; y ciertamente que como buenos guerreros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenian tres casas de ídolos, é ya habian llevado todo cuanto hato habia en aquel patio. Mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos mas en su seguimiento del alcance, pues iban huyendo; é allí tomó Cortés posesion de aquella tierra por su majestad, y él en su real nombre. Y fué desta manera, que desenvainada su espada, dió tres cuchilladas, en señal de posesion, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, é dijo que si habia alguna persona que se lo contradijese que él se lo defenderia con su espada y una rodela que tenia embrizada; y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó dijimos que era bien tomar aquella real posesion en nombre de su majestad, y que nosotros seriamos en ayudalle si alguna persona otra cosa dijere; é por ante un escribano del Rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesion, la parte de Diego Velazquez tuvo que remormurar della. Acuérdomé que en aquellas reñidas guerras que nos dieron de aquella vez hirieron á catorce soldados, é á mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca la herida, y quedaron tendidos y muertos diez y ocho indios en el agua y en tierra donde desembarcamos; é allí dormimos aquella noche

con grandes velas y escuchas. Y dejallo he, por contar lo que nias pasamos.

## CAPITULO XXXII.

Cómo mandó Cortés á todos los capitanes que fuesen con cada cien soldados á ver la tierra adentro, y lo que sobre ello nos acaeció.

Otro dia de mañana mandó Cortés á Pedro de Albarado que saliese por capitán con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese á ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía á Melchorejo, la lengua de la Punta de Cotoche; y cuando le fueron á llamar al Melchorejo, no le hallaron, que se habia ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque, segun parecia, el dia antes en las Puntas de los Palmares dejó colgados sus vestidos que tenia de Castilla, y se fué de noche en una canoa; y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dijese á los indios sus naturales algunas cosas que no trujesen provecho. Dejémosle huido con la mala ventura, y volvamos á nuestro cuento: que asimismo mandó Cortés que fuese otro capitán que se decia Francisco de Lugo por otra parte con otros cien soldados y doce ballesteros y escopeteros, y que no pasase de otras dos leguas, y que volviese en la noche á dormir al real; y yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro real, se encontró con grandes capitanes y escuadrones de indios, todos flecheros, y con lanzas y rodela, y atambores y penachos, y se vienen derechos á la capitania de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, y les comienzan á flechar de arte, que no se podian sustentar con tanta multitud de indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, que como granizo caian sobre ellos, y con espadas de navajas de dos manos; y por bien que peleaba el Francisco de Lugo y sus soldados, no los podia apartar de sí; y cuando aquesto vió, con gran concierto se venia ya retrayendo al real, é habia enviado adelante un indio de Cuba muy gran corredor é suelto, á dar mandado á Cortés para que le fuésemos á ayudar; é todavía el Francisco de Lugo, con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando é otros tirando, y algunas arremetidas que hacian, se sostenian con todos los escuadrones que sobre él estaban. Dejémosle de la manera que he dicho, é con gran peligro, é volvamos al capitán Pedro de Albarado, que pareció ser habia andado mas de una legua, y topó con un estero muy malo de pasar, é quiso Dios nuestro Señor encañalillo que volviese por otro camino hácia donde estaba el Francisco de Lugo peleando, como dicho tengo; y como oyó las escopetas que tiraban y el gran ruido de atambores y trompetillas, y voces é silbos de los indios, bien entendió que estaban revueltos en guerra, y con mucha presteza é con gran concierto acudió á las voces é tiros, é halló al capitán Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, é cinco indios muertos; y luego que se juntaron con el Lugo, dan tras los indios, que los hicieron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huida, que todavía los fueron siguiendo los indios á los nuestros hasta el real; é asimismo nos habian acometido y

venido á dar guerra otras capitánias de guerreros adonde estaba Cortés con los heridos; mas muy presto los hicimos retraer con los tiros que llevaban muchos de ellos, y á buenas cuchilladas y estocadas. Volvamos á decir algo atrás, que cuando Cortés oyó al indio de Cuba que venia á demandar socorro, y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les íbamos á ayudar, y nosotros que íbamos y los dos capitanes por mí nombrados, que llegaban con sus gentes obra de media legua del real, y murieron dos soldados de la capitania de Francisco de Lugo, y ocho heridos, y de los de Pedro de Albarado le hirieron tres, y cuando llegaron al real se curaron, y enterramos los muertos, é hubo buena vela y escuchas; y en aquellas escaramuzas matamos quince indios y se prendieron tres, y el uno parecia algo principal; y el Aguilar, nuestra lengua, les preguntaba que por qué eran locos é salian á dar guerra. Luego se envió un indio dellos con cuentas verdes para dar á los caciques porque viniesen de paz; é aquel mensajero dijo que el indio Melchorejo, que traíamos con nosotros de la Punta de Cotoche, se fué á ellos la noche antes, les aconsejó que nos diesen guerra de dia y de noche, que nos vencerian, porque éramos muy pocos; de manera que traíamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario. Y aquel indio que enviamos por mensajero fué, y nunca volvió con la respuesta; y de los otros dos indios que estaban presos supo Aguilar, la lengua, por muy cierto, que para otro dia estaban juntos cuantos caciques habia en aquella provincia, con todas sus armas, segun las suelen usar, aparejados para nos dar guerra, y que nos habian de venir otro dia á cercar en el real, y que el Melchorejo se lo aconsejó. Y dejallo he aquí, é diré lo que sobre ello hicimos.

## CAPITULO XXXIII.

Cómo Cortés mandó que para otro dia nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que mas nos avino en la batalla que con ellos tuvimos.

Luego Cortés supo que muy ciertamente nos venian á dar guerra, y mandó que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos en tierra, y que escopetas y ballesteros é todos los soldados estuviésemos muy á punto con nuestras armas, é aunque estuviésemos heridos; y cuando hubieron sacado los caballos en tierra, estaban muy torpes y temerosos en el correr, como habia muchos dias que estaban en los navíos, y otro dia estuvieron sueltos. Una cosa acaeció en aquella sazón á seis ó siete soldados, mancebos y bien dispuestos, que les dió mal en los riñones, que no se pudieron tener poco ni mucho en sus piés si no los llevaban á cuestas: no supimos de qué; decian que de ser regalados en Cuba, y que con el peso y calor de las armas que les dió aquel mal. Luego Cortés los mandó llevar á los navíos, no quedasen en tierra, y apercebió á los caballeros que habian de ir los mejores jinetes, y caballos que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó que no se parasen á alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se les pasasen por los rostros; y señaló trece de á caballo, á Cristóbal de Olí, y Pedro de Albarado, é Alonso Hernandez Puertocarrero, é Juan de Escalante,

é Francisco de Montejo; é á Alonso de Avila le dieron un caballo que era de Ortiz el músico y de un Bartolomé García, que ninguno dellos era buen jinete; é Juan Velazquez de Leon, é Francisco de Morla, y Lares el buen jinete (nómbrole así porque había otro buen jinete y otro Lares), é Gonzalo Dominguez, extremados hombres de á caballo; Moron el del Bayamo y Pedro Gonzalez el de Trujillo; todos estos caballeros señaló Cortés, y él por capitán, é mandó á Mesa el artillero que tuviese á punto su artillería, é mandó á Diego de Ordás que fuese por capitán de todos nosotros, porque no era hombre de á caballo, é también fué por capitán de los ballesteros é artilleros. Y otro día muy de mañana, que fué día de Nuestra Señora de Marzo, después de haber oído misa, puestos todos en ordenanza con nuestro alférez, que entonces era Antonio de Villarreal, marido que fué de una señora que se decía Isabel de Ojeda, que desde allí á tres años se mudó el nombre en Villareal y se llamó Antonio Serrano de Cardona. Tornemos á nuestro propósito: que fuimos por unas habanas grandes, donde habían dado guerra á Francisco de Lugo y á Pedro de Albarado, y llamábase aquella habana é pueblo Cintia, sujeta al mismo Tabasco, una legua del aposento donde salimos; é nuestro Cortés se apartó un poco espacio ó trecho de nosotros por causa de unas ciénegas que no podían pasar los caballos; é yendo de la manera que he dicho con el Ordás, dimos con todo el poder de escuadrones de indios guerreros que nos venían ya á buscar á los aposentos, é fué donde los encontramos junto al mismo pueblo de Cintia en un buen llano. Por manera que si aquellos guerreros tenían deseo de nos dar guerra y nos iban á buscar, nosotros los encontramos con el mismo motivo. Y dejallo he aquí, é diré lo que pasó en la batalla, y bien se puede nombrar batalla, é bien terrible, como adelante verán.

## CAPITULO XXXIV.

Cómo nos dieron guerra todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobre ello sucedió.

Ya he dicho de la manera é concierto que íbamos, y cómo hallamos todas las capitánias y escuadrones de contrarios que nos iban á buscar, é traían todos grandes penachos, é atambores é trompetillas, é las caras enalmagradas é blancas é prietas, é con grandes arcos y flechas, é lanzas é rodela, y espadas como montantes de á dos manos, é mucha honda é piedra, é varas tostadas, é cada uno sus armas colchadas de algodón; é así como llegaron á nosotros, como eran grandes escuadrones, que todas las habanas cubrían, se vienen como perros rabiosos é nos cercan por todas partes, é tiran tanta de flecha é vara y piedra, que de la primera arremetida hirieron mas de setenta de los nuestros, é con las lanzas pié con pié nos hacían mucho daño, é un soldado murió luego de un flechazo que le dió por el oído, el cual se llamaba Saldaña; é no hacían sino flechar y herir en los nuestros; é nosotros con los tiros y escopetas, é ballestas é grandes estocadas no perdíamos punto de buen pelear; y como conocieron las estocadas y el mal que les hacíamos, poco á poco se apartaban de nosotros, mas era para flechar mas á

su salvo, puesto que Mesa, nuestro artillero, con los tiros mataba muchos dellos, porque eran grandes escuadrones y no se apartaban léjos, y daba en ellos á su placer, y con todos los males y heridas que les hacíamos, no los podíamos apartar. Yo dije al capitán Diego de Ordás: «Paréceme que debemos cerrar y apachugar con ellos; porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas, y por esta causa se desvian algo de nosotros por temor dellas, y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas, y tanta piedra como granizo.» Respondió el Ordás que no era buen acuerdo, porque había para cada uno de nosotros treientos indios, y que no nos podíamos sostener con tanta multitud, é así estuvimos con ellos sosteniéndonos. Todavía acordamos de nos llegar cuanto pudiésemos á ellos, como se lo había dicho el Ordás, por dalles mal año de estocadas; y bien lo sintieron, y se pasaron luego de la parte de una ciénega; y en todo este tiempo Cortés con los de á caballo no venía, aunque deseábamos en gran manera su ayuda, y temíamos que por ventura no le hubiese acaecido algun desastre. Acuérdomé que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silbos é gritos, y echaban tierra y pajas en alto porque no viésemos el daño que les hacíamos, é tañían entonces trompetas é trompetillas, silbos y voces, y decían *Ala lala*. Estando en esto, vimos asomar los de á caballo, é como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto de los de á caballo, como venían por las espaldas; y como el campo era llano é los caballeros buenos jinetes, é algunos de los caballos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano, é alanceando á su placer, como convenia en aquel tiempo; pues los que estábamos peleando, como los vimos, dimos tanta prisa en ellos, los de á caballo por una parte é nosotros por otra, que de presto volvieron las espaldas. Aquí creyeron los indios que el caballo é caballero era todo un cuerpo, como jamás habían visto caballos hasta entonces; iban aquellas habanas é campos llenos dellos, y se acogieron á unos montes que allí había. Y después que los hubimos desbaratado, Cortés nos contó cómo no había podido venir mas presto por causa de una ciénega, y que estuvo peleando con otros escuadrones de guerreros antes que á nosotros llegasen, y traía heridos cinco caballeros y ocho caballos. Y después de apeados debajo de unos árboles que allí estaban, dimos muchas gracias y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos había dado aquella victoria tan cumplida; y como era día de Nuestra Señora de Marzo, llamóse una villa que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser día de Nuestra Señora como por la gran victoria que tuvimos. Aquesta fué pues la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva-España. Y esto pasado, apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con quemalles jas heridas con unto de indio de los muertos, que abrimos para sacalle el unto, é fuimos á ver los muertos que había por el campo, y eran mas de ochocientos, é todos los mas de estocadas, y otros de los tiros y escopetas y ballestas, é muchos estaban medio muertos

y tendidos. Pues donde anduvieron los de á caballo había buen recaudo dellos muertos é otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros, hasta que vinieron los de á caballo, como he dicho; y prendimos cinco indios, é los dos dellos capitanes; y como era tarde y hartos de pelear, é no habíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos soldados que iban heridos por las gargantas é por el oído, y quemamos las heridas á los demás é á los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos. Aquí es donde dice Francisco Lopez de Gómora que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de á caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago ó señor san Pedro. Digo que todas nuestras obras y victorias son por mano de nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios, que á puñados de tierra no cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gómora fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor san Pedro, é yo, como pecador, no fuese digno de verles; lo que yo entonces vi y conocí fué á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segun y de la manera que allí pasamos; y ya que yo, como indigno pecador, no merecedor de ver á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase dello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Vitoria ú de San Pedro de la Vitoria, como se nombró Santa María de la Vitoria; y si fuera así como lo dice el Gómora, harto malos cristianos fuéramos, enviándonos nuestro Señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacía, y reverenciar cada día aquella iglesia; y pluguiera á Dios que así fuera como el coronista dice, y hasta que leí su Coronica, nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal se oyó. Y dejémoslo aquí, é diré lo que mas pasamos.

## CAPITULO XXXV.

Cómo envió Cortés á llamar á todos los caciques de aquellas provincias, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho cómo prendimos en aquella batalla cinco indios, é los dos dellos capitanes; con los cuales estuvo Aguilar, la lengua, á pláticas, é conoció en lo que le dijeron que serían hombres para enviar por mensajeros; é díjole al capitán Cortés que les soltasen, y que fuesen á hablar á los caciques de aquel pueblo é otros cualesquier; y á aquellos dos indios mensajeros se les dió cuentas verdes é diamantes azules, y les dijo Aguilar muchas palabras bien sabrosas y de halagos, y que les queremos tener por hermanos y que no hubiesen miedo, y que lo pasado de aquella guerra que ellos tenían la culpa, y que llamasen á todos los caciques de todos los pueblos, que les queríamos hablar, y se les

amonestó otras muchas cosas bien mansamente para atraellos de paz; y fueron de buena voluntad, é hablaron con los principales é caciques, y les dijeron todo lo que les enviamos á hacer saber sobre la paz. E oída nuestra embajada, fué entre ellos acordado de enviar luego quince indios de los esclavos que entre ellos tenían, y todos tiznadas las caras é las mantas y braqueros que traían muy ruines, y con ellos enviaron gallinas y pescado asado é pan de maíz; y llegados delante de Cortés, los recibió de buena voluntad, é Aguilar, la lengua, les dijo medio enojado que cómo venían de aquella manera puestas las caras; que mas venían de guerra que para tratar paces, y que luego fuesen á los caciques y les dijese que si querían paz, como se la ofrecimos, que viniesen señores á tratar della, como se usa, é no enviasen esclavos. A aquellos mismos tiznados se les hizo ciertos halagos, y se envió con ellos cuentas azules en señal de paz y para ablandalles los pensamientos. Y luego otro día vinieron treinta indios principales é con buenas mantas, y trujeron gallinas y pescado, é fruta y pan de maíz, y demandaron licencia á Cortés para quemar y enterrar los cuerpos de los muertos en las batallas pasadas, porque no oliesen mal ó los comiesen tigres ó leones; la cual licencia les dió luego, y ellos se dieron prisa en traer mucha gente para los enterrar y quemar los cuerpos, segun su usanza; y segun Cortés supo dellos, dijeron que les faltaba sobre ochocientos hombres, sin los que estaban heridos; é dijeron que no se podían tener con nosotros en palabras ni paces, porque otro día habían de venir todos los principales y señores de todos aquellos pueblos, é concertarian las paces. Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dijo riendo á los soldados que allí nos hallamos teniéndole compañía: «¿Sabeis, señores, que me parece que estos indios temerán mucho á los caballos, y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra é asimismo las bombardas? He pensado una cosa para que mejor lo crean, que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro día en el navío, é atalla han aquí adonde yo estoy, é traigan el caballo de Ortiz el músico, que es muy rijoso, y tomará olor de la yegua; é cuando haya tomado olor della, llevarán la yegua y el caballo, cada uno de por sí, en parte que desque vengan los caciques que han de venir, no los oigan relinchar ni los vean hasta que estén delante de mí y estemos hablando;» é así se hizo, segun y de la manera que lo mandó; que trujeron la yegua y el caballo, é tomó olor della en el aposento de Cortés; y demás desto, mandó que cebasen un tiro, el mayor de los que teníamos, con una buena pelota y bien cargado de pólvora. Y estando en esto, que ya era mediodía, vinieron cuarenta indios, todos caciques, con buena manera y mantas ricas á la usanza dellos; saludaron á Cortés y á todos nosotros, y traían de sus incienso, zahumándonos á cuantos allí estábamos, y demandaron perdon de lo pasado, y que de allí adelante serían buenos. Cortés les respondió con Aguilar, nuestra lengua, algo con gravedad, como haciendo del enojado, que ya ellos habían visto cuántas veces les habían requerido con la paz, y que ellos tenían la culpa, y que agora eran merecedores que á ellos é á cuantos quedan en todos sus pueblos matásemos; y porque

somos vasallos de un gran rey y señor que nos envió á estas partes, el cual se dice el emperador don Carlos, que manda que á los que estuvieren en su real servicio que les ayudemos é favorezcamos; y que si ellos fueren buenos, como dicen, que así lo harémos, é si no, que soltará de aquellos tepustles que los maten (al hierro llaman en su lengua *tepusile*), que aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra están enojados algunos dellos. Entonces secretamente mandó poner fuego á la bombardas que estaba cebada, é dió tan buen trueno y recio como era menester; iba la pelota zumbando por los montes, que, como en aquel instante era mediodía é hacia calma, llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de la oír; y como no habían visto cosa como aquella, creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo, y para asegurarles del miedo, les tornó á decir con Aguilar que ya no hubiesen miedo, que él mandó que no hiciese daño; y en aquel instante trujeron el caballo que había tomado olor de la yegua, y átanlo no muy léjos de donde estaba Cortés hablando con los caciques; y como á la yegua la habían tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo, y relinchaba y hacia bramuras, y siempre los ojos mirando á los indios y al aposento donde había tomado olor de la yegua; é los caciques creyeron que por ellos hacia aquellas bramuras del relinchar y el patear, y estaban espantados. Y cuando Cortés los vió de aquel arte, se levantó de la silla, y se fué para el caballo y le tomó del freno, é dijo á Aguilar que hiciese creer á los indios que allí estaban que había mandado al caballo que no les hiciese mal ninguno; y luego dijo á dos mozos de espuelas que lo llevasen de allí léjos, que no lo tornasen á ver los caciques. Y estando en esto, vinieron sobre treinta indios de carga, que entre ellos llaman tamenes, que traían la comida de gallinas y pescado asado y otras cosas de frutas, que parece ser se quedaron atrás ó no pudieron venir juntamente con los caciques. Allí hubo muchas pláticas Cortés con aquellos principales, y dijeron que otro día vendrían todos, é traerían un presente é hablarían en otras cosas; y así, se fueron muy contentos. Donde los dejaré agora hasta otro día.

## CAPITULO XXXVI.

Cómo vinieron todos los caciques é calachonis del rio de Grijalva y trajeron un presente, y lo que sobre ello pasó.

Otro día de mañana, que fué á los postreros del mes de marzo de 1519 años, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo y otros comarcanos, haciendo mucho acato á todos nosotros, é trajeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas, y unas largartijas, y dos como perrillos, y orejeras, é cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro, como de sus cotorras, y otras cosillas de poco valor, que yo no me acuerdo qué tanto valía, y trajeron mantas de las que ellos traían é hacían, que son muy bastas; porque ya habrán oído decir los que tienen noticia de aquella provincia que no las hay en aquella tierra sino de poco valor; y no fué nada este presente en comparacion de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así

se llamó después de vuelta cristiana. Y dejaré esta plática, y de hablar della y de las demás mujeres que trujeron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los caciques y con Aguilar el intérprete á hablar, y les dijo que por aquello que traían se lo tenía en gracia; mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente, mujeres é hijos, y que dentro de dos días le quería ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera paz. Y luego los caciques mandaron llamar todos los vecinos, é con sus hijos é mujeres en dos días se pobló. Y á lo otro que les mandó, que dejasen sus ídolos é sacrificios, respondieron que así lo harían; y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes á nuestra santa fe, y cómo éramos cristianos é adorábamos á un solo Dios verdadero, y se les mostró una imagen muy devota de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les declaró que aquella santa imagen reverenciábamos porque así está en el cielo y es Madre de nuestro Señor Dios. Y los caciques dijeron que les parece muy bien aquella gran *Tecleciguata*, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque á las grandes señoras en su lengua llaman *tecleciguatas*. Y dijo Cortés que si daría, y les mandó hacer un buen altar bien labrado; el cual luego le hicieron. Y otro día de mañana mandó Cortés á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yañez é Alvaro Lopez (ya otra vez por mí memorados), que luego labrasen una cruz bien alta; y después de haber mandado todo esto, dijo á los caciques qué fué la causa que nos dieron guerra tres veces, requiriéndonos con la paz. Y respondieron que ya habían demandado perdón dello y estaban perdonados, y que el cacique de Champoton, su hermano, se lo aconsejó, y porque no le tuviesen por cobarde, porque se lo reñían y deshonoraban, porque no nos dió guerra cuando la otra vez vino otro capitán con cuatro navíos; y según pareció, decíalo por Juan de Grijalva. Y también dijo que el indio que traíamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de día y de noche nos diesen guerra, porque éramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trajesen, é dijeron que como les vió que en la batalla no les fué bien, que se les fué huyendo, y que no sabían dél aunque le han buscado, é supimos que le sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos. Y mas les preguntó, que de qué parte traían oro y aquellas joyezuelas. Respondieron que de hácia donde se pone el sol, y decían *Culchúa* y *Méjico*, y como no sabíamos qué cosa era Méjico ni *Culchúa*, dejámoslo pasar por alto; y allí traíamos otra lengua que se decía Francisco, que hubimos cuando lo de Grijalva, ya otra vez por mí nombrado, mas no entendía poco ni mucho la de Tabasco, sino la de *Culchúa*, que es la mejicana; y medio por señas dijo á Cortés que *Culchúa* era muy adelante, y nombraba *Méjico*, *Méjico*, y no le entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro día, que se puso en el altar la santa imagen de nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos; y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre á aquel pueblo Santa María de la Vitoria, é así se

llama agora la villa de Tabasco; y el mismo fraile con nuestra lengua Aguilar predicó á las veinte indias que nos presentaron, muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de antes creían, que eran malos y no eran dioses, ni mas les sacrificasen, que los traían engañados, é adorasen á nuestro Señor Jesucristo; é luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron, y verdaderamente era gran cacica é hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona; lo cual diré adelante cómo y de qué manera fué allí traída; é de las otras mujeres no me acuerdo bien de todos sus nombres, é no hace al caso nombrar algunas, mas estas fueron las primeras cristianas que hubo en la Nueva-España. Y Cortés las repartió á cada capitán la suya, é á esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida é desenvuelta, dió á Alonso Hernandez Puertocarrero, que ya le dicho otra vez que era muy buen caballero, primo del conde de Medellin, y desque fué á Castilla el Puertocarrero, estuvo la doña Marina con Cortés, é della hubo un hijo, que se dijo don Martin Cortés, que el tiempo andando fué comendador de Santiago. En aquel pueblo estuvimos cinco días, así porque se curaban las heridas como por los que estaban con dolor de riñones, que allí se les quitó; y demás desto, porque Cortés siempre atraía con buenas palabras á los caciques, y les dijo cómo el Emperador nuestro señor, cuyos vasallos somos, tiene á su mandado muchos grandes señores, y que es bien que ellos le den la obediencia; é que en lo que hubieren menester, así favor de nosotros como otra cualquiera cosa, que se lo hagan saber donde quiera que estuviésemos, que él les vendrá á ayudar. Y todos los caciques le dieron muchas gracias por ello, y allí se otorgaron por vasallos de nuestro grande emperador. Estos fueron los primeros vasallos que en la Nueva-España dieron la obediencia á su majestad. Y luego Cortés les mandó que para otro día, que era domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al altar que hicimos, con sus hijos y mujeres, para que adorasen la santa imagen de nuestra Señora y la cruz; y asimismo les mandó que viniesen seis indios carpinteros, y que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el pueblo de Cintia, adonde Dios nuestro Señor fué servido de darnos aquella vitoria de la batalla pasada, por mí referida, que hiciesen una cruz en un árbol grande que allí estaba, que llaman ceiba, é hicierónla en aquel árbol á efecto que durase mucho, que con la corteza, que suele reverdecer, está siempre la cruz señalada. Hecho esto mandó que aparejasen todas las canoas que tenían, para nos ayudar á embarcar, porque aquel santo día nos queríamos hacer á la vela, porque en aquella sazón vinieron dos pilotos á decir á Cortés que estaban en gran riesgo los navíos por amor del norte, que es travesía. Y otro día muy de mañana vinieron todos los caciques y principales con todas sus mujeres é hijos, y estaban ya en el patio donde teníamos la iglesia y cruz, y muchos ramos cortados para andar en procesion; y desque los caciques vimos juntos, Cortés y todos los capitanes á una con gran devocion anduvimos una muy devota procesion, y el padre de la Merced y Juan Diaz el clérigo revestidos, y se dijo misa, y adoramos y be-

samos la santa cruz, y los caciques é indios mirándonos. Y hecha nuestra solemne fiesta según el tiempo, vinieron los principales é trajeron á Cortés diez gallinas y pescado asado é otras legumbres, é nos despedimos dellos, y siempre Cortés encomendándonos la santa imagen de nuestra Señora y las santas cruces, y que las tuviesen muy limpias, y barrida la casa é la iglesia y enramado, y que las reverenciasen, é hallarian salud y buenas sementeras; y después que era ya tarde nos embarcamos, y á otro día lunes por la mañana nos hicimos á la vela, y con buen viaje navegamos é fuimos la vía de San Juan de Ulúa, y siempre muy juntos á tierra; é yendo navegando con buen tiempo, decíamos á Cortés los soldados que veníamos con Grijalva, como sabíamos aquella derrota: «Señor, allí queda la Rambla, que en lengua de indios se dice *Aguayaluco*.» Y luego llegamos al paraje de *Tonala*, que se dice San Anton, y se lo señalábamos; mas adelante le mostramos el gran rio de *Guazacualco*, é vió las muy altas sierras nevadas, é luego las sierras de San Martin; y mas adelante le mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos que entran en la mar, é tiene una señal arriba como á manera de silla; é mas adelante le mostramos el rio de Albarado, que es adonde entró Pedro de Albarado cuando lo de Grijalva; y luego vimos el rio de Banderas, que fué donde rescatamos los diez y seis mil pesos, y luego le mostramos la isla Blanca, y también le dijimos adonde quedaba la isla Verde; y junto á tierra vió la isla de Sacrificios, donde hallamos los altares cuando lo de Grijalva, y los indios sacrificados, y luego en buena hora llegamos á San Juan de Ulúa juéves de la Cena después de mediodía. Acuérdome que llegó un caballero que se decía Alonso Hernandez Puertocarrero, é dijo á Cortés: «Paréceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces á esta tierra:

Cata Francia, Montesinos  
Cata Paris la ciudad,  
Cata las aguas del Duero,  
Do van á dar á la mar.

Yo digo que mireis las tierras ricas, y sabéos bien gobernar.» Luego Cortés bien entendió á qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió: «Dénos Dios ventura en armas como al paladín Roldán; que en lo demás, teniendo á vuestra merced y á otros caballeros por señores, bien me sabré entender.» Y dejémoslo, y no pasemos de aquí: esto es lo que pasó; y Cortés entró en el rio de Albarado, como dice Gómora.

## CAPITULO XXXVII.

Cómo doña Marina era cacica é hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fué traída á Tabasco.

Antes que mas meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran Méjico y mejicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fué gran señora de pueblos y vasallos, y es desta manera: que su padre y su madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Paimala, y tenía otros pueblos sujetos á él, obra de ocho leguas de la villa de Guacaluco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro